

Presentación

I. Actividades en el entorno de *Monthly Review*.

Selecciones en castellano

Con este número, *Monthly Review. Selecciones en castellano* cumple dos años de actividad y supera una primera etapa que siempre es difícil para cualquier publicación, pero que lo es, especialmente, para una revista crítica y comprometida con proyectos de cambio y de transformación política. Pensamos que la respuesta de los lectores ha sido satisfactoria, pero aún nos queda mucho camino por recorrer. Y nos gustaría poder hacerlo junto a los lectores, a nuestros amigos y amigas que de una u otra manera han estado apoyando y participando en esta aventura editorial. En el transcurso de los últimos meses hemos realizado presentaciones y organizado debates sobre los contenidos del número 3, «Movimientos de resistencia al capitalismo global», en los que han participado los editores y algunos miembros del Patronato. Es una de las pocas herramientas que tenemos para acceder a un público que sabemos amplio pero que está disperso y con el cual tenemos pocos canales de comunicación directa. Seguimos animando, pues, a quien lo desee a contribuir a divulgar los análisis e ideas de la «escuela *Monthly Review*» en sus áreas de residencia y actividad.

En esa dirección, precisamente, y en colaboración con los coeditores, la ONG ubicada en la Universidad de Barcelona MÓN-3, los editores de esta publicación ofreceremos durante noviembre-diciembre de 2005 una asignatura de libre elección en el marco de la actividad académica de esa universidad, con este título: «La economía política del mundo contemporáneo

vista por la *Monthly Review*. Capitalismo global, neoimperialismo y movimientos populares: de la Guerra de Irak al movimiento anti-globalización». Cualquier persona interesada puede contactar con la organización en: msirera@eco.ub.es.

II. El número 4

El telediario de cualquier ciudad, en cualquier día, nos trae suficientes imágenes (con frecuencia también, imágenes sufrientes) sobre la febril actividad que embarga a los centros motores del sistema mundial y los múltiples y complejos efectos y reacciones que retornan desde la sociedad. En la perspectiva, quizás, del escenario de cambio social y político anunciado por Immanuel Wallerstein (véase a título de ejemplo su análisis en el número 3 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, capítulo 9), vivimos sin duda en medio de una coyuntura histórica intensa y acelerada que propicia una intensificación del conflicto social (aunque también su expresión variada y multiforme); la confusión, cuando no pura y simple *anomia*, y, en cualquier caso, la sensación de que estamos ante un verdadero cambio de época. Muchos ciudadanos y ciudadanas no estamos nada satisfechos con lo que vemos y vivimos y en cierto sentido, o en ciertos momentos, nos avergonzamos de pertenecer a comunidades que se autodenominan «civilizadas»; lo dice muy bien un escritor que apreciamos mucho, tanto por su hermosa escritura como por su clarividencia moral:

El Nuevo Orden Mundial de sociedades mercantiles y B-52 no construye carreteras ni redes ferroviarias ni pistas de aterrizaje, sino muros ciegos. Muros para separar físicamente al rico del pobre, muros de desinformación, muros de exclusión, muros de verdadera ignorancia. Y todos estos muros insinúan juntos un sinsentido global.

(John Berger, *El País*, 3 de mayo de 2003)

El objeto principal de este libro es contribuir a elucidar desde la economía política el sinsentido global de este cambio de época que estamos protagonizando o al que estamos asistiendo. Decimos «desde la economía política»: en efecto, como otros muchos observadores y analistas de este mundo en transformación en el que habitamos, reconocemos intuitivamente la renovación al menos parcial que se está produciendo en la economía-mundo de nuestra era. No sabemos el destino final de los cambios o el tipo de economía mundial que finalmente emergerá, fruto de las acciones de empresarios y gobiernos a lo largo y ancho del mundo, y fruto también de las acciones —autónomas o heterónomas— de la gente corriente y las cla-

ses populares. Pero sí sabemos, además de que su producto combinado más visible sobre la vida de las gentes es el sinsentido global al que hacíamos mención, que la «nueva economía» en proceso de transformación no es completamente «nueva», sino que mantiene tanto continuidades como discontinuidades con la «vieja»: estamos en una época de tránsito. Pero el hecho persiste: durante los últimos años un nuevo paisaje económico está empezando a hacérsenos familiar, y algunos de sus elementos principales sí que son completamente nuevos. Nuestra selección de artículos de la *Monthly Review* norteamericana se ha hecho siguiendo la lógica de esta noción, y la abundancia de novedades, así como de excelentes artículos, nos ha obligado a reunir la selección en dos entregas (los números 4 y 6 de la publicación) bajo el título genérico común de *Rupturas y continuidades en la economía-mundo* y con el horizonte de que, al final, lo que estamos tratando de establecer son los perfiles fundamentales o incipientes del capitalismo del siglo XXI.

Si bien parece indiscutible que el capitalismo sigue funcionando conforme a «las leyes económicas de movimiento» que le son propias, no es menos cierto que la economía capitalista ha entrado en una dinámica de cambios que van más allá de las cuestiones más espectaculares o visibles. El número que presentamos selecciona algunos de estos perfiles de «el nuevo rostro del capitalismo», por áreas. Veámoslo.

Una primera área es el proceso de trabajo. Durante el último cuarto de siglo, la organización del trabajo ha sido sometida a intensas transformaciones que en gran medida son el resultado directo de una ofensiva sin precedente contra las posiciones sociales y económicas conquistadas por amplias capas de trabajadores en los países centrales. Si algo podemos visualizar con nitidez en este proceso de erosión de derechos es, precisamente, que este parece no tener fin, como pone de manifiesto la nueva ofensiva que se prepara en Estados Unidos contra el sistema de pensiones públicas o la continua deslegitimación de los derechos económicos de los trabajadores y en general de la mayor parte de la población en Europa. El paisaje actual de las relaciones laborales en los países centrales es, con diferencias muy significativas entre algunos de ellos, sustancialmente distinto al que existía veinticinco años atrás. Prácticamente ya no queda ningún espacio social que escape a la precarización, a la dualización y a la desestructuración organizativa de los trabajadores. Los intensos movimientos sociales de protesta franceses de 1995 (véase el capítulo 2 del nº 3 de *MR. Selecciones en castellano*, por Daniel Singer) y los que se han sucedido hasta fecha reciente constituyen uno de los mejores ejemplos de resistencia frente a esta ofensiva de largo aliento del capitalismo.

El sentido y el significado de esta ofensiva lo expresa con extraordinaria franqueza un observador privilegiado como es el ex presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos Paul Volcker: «[...] uno de los grandes cambios, en mi época y en la del presidente Ronald Reagan, consistió en debilitar a los sindicatos norteamericanos. Así fue... Una de las cosas más significativas fue la decisión del presidente Reagan de acabar con la huelga de los controladores aéreos en 1981. Fue la primera vez que ocurrió una cosa así [...]. La firmeza ante esa huelga fue la conducta más importante de la Administración de Reagan en ayuda de la lucha antiinflacionista. No creo que los sindicatos sean tan agresivos en Europa [...] pero los países europeos les han hecho la vida fácil, en muchos casos, a los desempleados» (entrevista de Ernesto Ekaizer, *El País*, 19 de junio de 2005). Unas palabras tan explícitas que no requieren más comentario. Esta estrategia fue seguida con igual entusiasmo por los conservadores en Gran Bretaña durante los años de 1980, y los efectos económicos, políticos y culturales de su acción se proyectan hoy día en los rasgos de la sociedad británica y en la misma figura y políticas del líder «neolaborista» Tony Blair.

Esta nueva organización del trabajo, después de una generación, ha producido ya resultados de efectos duraderos. Y presenta como mínimo dos aspectos de gran importancia. Uno, la composición típica de la fuerza de trabajo y la ocupación en una economía avanzada (aspecto que será tratado en la segunda entrega del tema genérico que nos ocupa). El capítulo 5 («Trabajadores desechables», elaborado por dos generaciones de Magdoff, padre e hijo) constituye un muy buen análisis del segundo aspecto crucial: ¿en qué medida la precarización laboral ha acabado generando un nuevo cinturón de seguridad para la empresa capitalista? El artículo pone en claro en qué medida la certera propuesta de Marx en *El Capital* (véase sobre todo el capítulo XXIII, «La ley general de la acumulación capitalista», del vol. 1 de esa obra) sobre la existencia de un «ejército de reserva industrial» identificó una característica estructural central de ese sistema histórico, hasta el punto de que esa sigue siendo una característica actualísima de las economías estadounidense y mundial.

Una segunda área que se considera en este balance del «nuevo rostro» del capitalismo y de los perfiles típicos de la economía-mundo es la cuestión, hoy ya poco discutida, del severo castigo al que el funcionamiento sin trabas del mercado capitalista (con su lógica fundamental de maximización de beneficios y tendencia a la acumulación) somete a los ecosistemas, cuestión que Fred Magdoff (capítulo 3) plantea convincentemente. El argumento está ilustrado con riqueza de ejemplos: desde la pérdida de nutrientes de los campos que exportan alimentos a las ciudades generando residuos que

en vez de integrarse en los ciclos productivos provocan problemas de contaminación hasta los problemas ambientales generados por la expansión del modelo disperso de ciudad y el creciente uso del automóvil.

Magdoff utiliza la atractiva metáfora de las crisis «gemelas» (económica y medioambiental), aunque uno puede preguntarse si este adjetivo es el más apropiado dada la diferente naturaleza de esas crisis: la primera se manifiesta normalmente en forma cíclica, mientras que la segunda tiende a hacerse más y más grave y no afecta de forma clara a los beneficios. Sí es común el hecho de que el sistema capitalista se ha mostrado históricamente bastante resistente frente a ambos tipos de crisis. El análisis plantea de forma acertada cómo el nivel de degradación ambiental y la distribución de sus costes es algo que no está predeterminado: depende del conflicto entre el capital —que intentará socializar al máximo todos los costes— y los movimientos de resistencia frente a dicha degradación. Un ejemplo es si los costes de descontaminación deben sufragarse por las empresas contaminantes o mediante gastos públicos generales.

El artículo de John B. Foster (capítulo 4) —más teórico— completa y amplía el punto de vista de Fred Magdoff. Destaca también que Marx tuvo algunas intuiciones importantes al ver los problemas de los cambios en el «metabolismo» entre los seres humanos y la naturaleza, aunque sea exagerado afirmar que Marx —quien básicamente creía que la naturaleza no plantea límites a la expansión del consumo— desarrollase una teoría de la sostenibilidad. Foster polemiza con el intento más conocido de crear un «marxismo ecológico»: el de James O'Connor y otros autores de la revista *Capitalism, Nature and Society*. Expresado de forma simple, O'Connor plantea que el capitalismo tiene dos grandes contradicciones. La primera, la «tradicional», derivaría de la contradicción entre capital y trabajo y se manifestaría en crisis de realización, dado que la explotación llevaría a problemas de venta de la producción. La «segunda contradicción» derivaría de que el capitalismo destruye sus «condiciones naturales de producción» y ello se manifestaría en un aumento de costes tanto directamente como indirectamente (a través de los movimientos sociales que obligarían a internalizar dichos costes). A la tesis de O'Connor se le podría hacer una doble crítica. La primera —que no hace Foster— es que la contradicción «tradicional» entre capital y trabajo no sólo se manifiesta en problemas de demanda, sino que puede manifestarse en problemas de costes salariales crecientes y ello también puede generar crisis económicas. La segunda crítica es que, aunque en algunos casos el agotamiento de un recurso natural puede aumentar los costes empresariales o un movimiento social exitoso puede obligar a internalizar costes, el hecho general es que el cambio climático, la des-

trucción de la capa de ozono o de la selva amazónica o incluso a corto y medio plazo el agotamiento de combustibles fósiles no tienen, en las condiciones socio-históricas presentes, por qué implicar costes crecientes para el capital; en definitiva, que «no deberíamos subestimar la capacidad capitalista para acumular en medio de la destrucción ecológica más obvia» (capítulo 5, p. 64).

Una tercera característica de la economía-mundo del cambio de siglo es la emergencia de un sector de la economía global orientado a la producción en los países más pobres, con costes laborales irrisorios, de bienes de consumo masivo por parte de una amplia clase media en los centros metropolitanos. Algo que ha presionado para abrir nuevas vías de reorganización de la fuerza de trabajo, además de las más habituales que hemos comentado anteriormente, que forman parte de una estrategia de reforzamiento del capitalismo a escala mundial a través de la globalización. Los cambios en la composición de las clases y los trabajadores en los países centrales se correspondieron en el tiempo con la emergencia de una nueva clase asalariada que se formaba en algunas regiones del Tercer Mundo sobre la base de las «exportaciones» de capital de algunas multinacionales que trasladaban parte de su producción hacia esos nuevos espacios de acumulación. La amenaza de trasladar las actividades a otras regiones se ha convertido en una auténtica espada de Damocles que pende sobre grupos crecientes de trabajadores, en un instrumento muy eficaz para atemperar las demandas, para imponer negociaciones a la baja de derechos históricos y para mantener bajo control los salarios. La nueva clase asalariada que se ha formado en amplias regiones de la periferia en los últimos veinticinco años y especialmente en Extremo Oriente constituye para el capitalismo en esas regiones una nueva forma de «acumulación originaria» basada en la explotación salvaje de la fuerza de trabajo, normalmente empleada —como decíamos— en la producción de bienes destinados al mercado global y especialmente a los países centrales. La ropa, el calzado deportivo y mucho otros complementos de uso cotidiano son producidos bajo unas relaciones sociales del siglo XXI pero que recuerdan en demasiados aspectos el trabajo en los inicios del capitalismo industrial (las «fábricas satánicas» de William Blake). Bernard D'Mello analiza, en el capítulo 8, un caso paradigmático de esta nueva experiencia, el de Reebok. Es deseable que de esta organización del mercado mundial fundada sobre la explotación salvaje en «talleres globales» emerja un emplazamiento moral directo a la población de los países centrales que actúa como consumidor masivo de esos productos. Esta es una condición elemental para reconstruir cualquier respuesta organizada capaz de tejer solidaridades globales y poder actuar en una escala espacial que desborde las fronteras de los estados-nación.

La cuarta característica de la economía-mundo que los análisis que presentamos ponen de relieve tiene que ver más, aparentemente, con la continuidad que con un nuevo rumbo. En los países de la periferia los nuevos rostros del capitalismo se dibujan sobre historias muy antiguas que han dejado huellas indelebles en esas sociedades. El caso más paradigmático lo constituye sin duda África, una macroregión incorporada plenamente a la economía-mundo, como demuestra el enorme flujo de recursos naturales que sale hacia los países ricos, pero desde una posición que la condena al subdesarrollo y a la miseria. En el capítulo 6, Samir Amin pone en guardia contra la difundida versión de que África sería cada vez más un continente «marginado», tal y como lo presentan los medios de comunicación occidentales y las agencias de ayuda internacional; para Amin «lo más justo sería hablar de una dramática mala integración en el sistema global». A pesar de ello, el desplome del continente en la última década, su constitución en un verdadero Cuarto Mundo, hace temer lo peor para el futuro a corto y medio plazo.

Los aproximadamente veinticinco años de políticas neoliberales han dejado la impronta de otra lamentable característica de la economía-mundo, ya que en importantes países del Sur, en efecto, aparecen otras líneas de fuerza que de forma muy nitida dibujan un nuevo engarce histórico de las distintas zonas que conforman el espacio económico. La implosión argentina (capítulo 7) ha sido, quizás, el punto más relevante de la crisis de la «Nueva Economía», entendida en un sentido amplio, puesto que puso en cuestión lo que se presentaba como un modelo de «reenganche» para algunos países semiperiféricos basado en la más absoluta extraversion de la economía y en un sobredimensionamiento de la esfera financiera a partir de la inyección de «recursos» monetarios generados por la subasta de la economía pública y de los recursos básicos del país. En resumen, en quinto lugar, uno de los datos fijos para los próximos años es la existencia de procesos traumáticos de desmantelamiento y atropello de algunas economías nacionales de la periferia y semiperiferia como resultado de la acción del capital global. Algo que se produce también mediante otros mecanismos: en efecto, en el capítulo 9 («El imperialismo del arroz») se pone de relieve cómo los países centrales y en especial los EEUU utilizan ciertos organismos internacionales para que sus corporaciones transnacionales persigan patentar variedades agrarias cultivadas en los países pobres, un intento de apropiarse del conocimiento ajeno que se ha caracterizado de «biopiratería».

En sexto lugar, finalmente, los perfiles que se abren paso en el capitalismo del Primer Mundo, en concreto de los EEUU, tratados en dos trabajos de

John B. Foster y Harry Magdoff. En el capítulo 1 se analiza el centro del «nuevo rostro» del capitalismo: un crecimiento económico lento, un excedente de capital y un gigantesco endeudamiento (la deformación de la estructura productiva de la economía estadounidense por medio de un colosal proceso de endeudamiento que alimenta, o bien un consumo que parece irrefrenable, o bien un gasto público sobre el que se sustenta la proyección imperial: las guerras de Irak y Afganistán y la estrategia de intimidación a escala mundial). Al mismo tiempo que las ciudades son cada vez menos habitables, la contaminación del medio ambiente parece no tener límites, y la única solución para enfrentarse a la crisis social parece ser el recurso ilimitado a la represión hasta el punto de configurar un estado carcelario donde la provisión de bienes colectivos queda relegada a lugares cada vez más secundarios. Este consumo basado en la acumulación de deudas y en el empleo del ahorro de otras economías ha tenido un cierto efecto sobre el mantenimiento de la actividad económica, especialmente si se compara con la pauta imperante en las economías europeas, donde el crecimiento durante la última década ha sido relativamente menor, pero con costes sociales y económicos muy altos y que no sólo recaen sobre la población estadounidense. Además, este crecimiento basado en la acumulación sin límites de montañas de deuda no se puede extender a otros países o regiones de la economía mundial. La contradicción es evidente. De algún sitio han de salir los recursos y los ahorros con los que financiar ese gasto que excede con mucho la capacidad de la economía estadounidense. Este sinsentido se explica principalmente por la posición imperial en ciertos espacios económicos, como es el caso del papel del dólar, y sobre todo por la hegemonía militar que todavía conserva Estados Unidos. En el capítulo 2, finalmente, Foster y Magdoff analizan con mucho acierto lo que hay de mito y de realidad en el bombardeo mediático de estos inicios de siglo acerca de la «Nueva Economía», es decir, la economía basada en las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones.

III. Despedida afectuosa al amigo Andre Gunder Frank

Mientras elaborábamos el contenido de este número nos llegó la triste noticia del fallecimiento de Andre Gunder Frank, economista político, historiador y sociólogo del desarrollo. «Gunder» fue un intelectual brillante, así como un ciudadano comprometido con su tiempo y con la lucha por construir una sociedad más justa y más racional. Desde principio de los años de 1960 se vinculó al grupo de *Montly Review* y junto a ellos participó en el proyecto intelectual y político, tan fructífero según vemos hoy

en día, de pensar el capitalismo como un sistema global. Gunder Frank decidió fijar su residencia en América Latina, en donde realizó importantes investigaciones de sociología histórica que contribuyeron a fundamentar la historia de la temprana inserción de América Latina en el capitalismo mundial. En Chile, país donde residió un largo período, especialmente los años de la Unidad Popular, y donde conoció a Marta Fuentes, que sería su compañera durante largos años, ejerció la docencia universitaria, la investigación y tejió una red amplia de relaciones y amistades. A pesar de sus polémicas con economistas e historiadores latinoamericanos, resulta imposible imaginar el desarrollo de la teoría de la dependencia sin sus aportaciones y su trabajo intelectual. En 1975, tras el golpe de estado del general Pinochet, y estando exiliado en Europa, publicó dos cartas abiertas a uno de sus «maestros» de Chicago, Milton Friedman, que constituyen un documento estremecedor y una denuncia política y moral de la inhumanidad de la teoría económica propiciada desde la Universidad de Chicago y otros centros publicitarios y de creación de opinión política y económica. Frank rememora su contacto con Milton Friedman en su época de estudiante y le recuerda la temprana incompatibilidad que se estableció entre ambos. La carta subraya la más absoluta inmoralidad que subyace en los proyectos que experimentan con la vida de la población de los países del Tercer Mundo bajo el pretexto de racionalizar la economía y señala la indignancia intelectual de una «teoría económica» que necesita para aplicarse racionalmente —es decir, sin obstáculos que dificulten o frenen su desarrollo— unas dictaduras como las que se instauraron en todo el Cono Sur de América Latina.

En el mes de mayo de 1977, en el contexto de un simposio sobre el imperialismo con el que se presentó públicamente en sociedad la *Revista Mensual/Monthly Review* en su primera edición de Barcelona, y organizado por los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona (dos de los miembros de la comisión de estudiantes eran unos jovencísimos Josep Piqué y Anna Birulés, ambos ex ministros recientes bajo el mandato de Aznar; sería divertido poder escuchar lo que esta transformación, o transformismo, evocaría al siempre lúcido y mordaz compañero ahora desaparecido), Gunder Frank nos visitó y participó en los debates junto a, entre otros, Eduardo Galeano, Harry Magdoff, Paul Sweezy y José María Vidal Villa. De ese primer contacto con Gunder Frank y de la amistad mantenida con él durante años guardamos algunos en esta casa un gran recuerdo. Esa lucidez intelectual, ese sentido del humor a la vez agrio y extremadamente tierno, esa irrenunciable postura moral frente a las devastaciones del capitalismo allí donde se produjesen...

Es obligado que rindamos un pequeño homenaje a una persona tan querida. Nos ha parecido que la mejor manera de hacerlo, teniendo en cuenta además el tema genérico de este libro (rupturas y continuidades en la economía-mundo), en el que encaja a la perfección, es, en primer lugar, publicar de nuevo su artículo clásico de 1966 que hizo popular la noción, no del desarrollo, sino del desarrollo del subdesarrollo (véase el capítulo 10) y que dejó una fuerte impronta entre los estudiosos y militantes de América Latina. Nos parece también que será muy útil para los lectores que pertenecen a la nueva generación, porque descubrirán de golpe, no sólo un análisis de gran altura, sino una forma de mirar las cosas que, además, sirve todavía —como los grandes escritos clásicos— para entender algunos problemas de la sociedad actual. Y en segundo lugar, reproducimos a continuación la semblanza que ha escrito su colega y otro de los grandes analistas de la teoría de la dependencia, Samir Amin.

Salvador Aguilar, Arcadi Oliveres, Jordi Roca y Carlos Zeller
Barcelona, 20 de julio de 2005

Una nota sobre la muerte de Andre Gunder Frank (1929-2005)* Samir Amin

Conocí a Andre Gunder Frank y a su esposa, Marta Fuentes, en 1967. Después de una larga conversación, quedé convencido de que intelectualmente hablando estábamos en la misma longitud de onda. La «teoría de la modernización», entonces dominante, atribuía el «subdesarrollo» del Tercer Mundo a la formación tardía e incompleta de sus instituciones capitalistas. La ortodoxia marxista, representada por los partidos comunistas, tenía su propia versión de esa misma perspectiva y consideraba que Latinoamérica se caracterizaba por ser «semifeudal». Frank proponía una tesis nueva y completamente distinta: la tesis de que, desde sus propios orígenes, Latinoamérica se había construido dentro del marco del desarrollo capitalista como la periferia de los centros incipientes de la costa atlántica europea. Yo, por mi parte, me había dedicado a analizar la integración de Asia y África en el sistema capitalista a la luz de los requisitos de la «acumulación a escala mundial», un proceso que, por su propia lógica interna, tenía que producir la polarización de la riqueza y del poder.

* Este texto ha aparecido como Prefacio de *Monthly Review*, vol. 57, nº 2, junio de 2005, pp. 1-2.

Pocos años después, en 1972, volvimos a encontrarnos en México en el congreso del CLASCO (Consejo Latinoamericano de las Ciencias Sociales), donde Frank —junto a F. H. Cardoso, Anibal Quijano, Rui Mauro Marini y algunos otros— presentaba la primera formulación de la «teoría de la dependencia». Yo había sido invitado a presentar las conclusiones paralelas a las que había llegado a partir del proceso histórico muy diferente por el que Asia y África se habían integrado en el sistema global.

Naturalmente, todos coincidíamos de forma parecida con la escuela de pensamiento del «sistema-mundo» introducida en la década de 1970 por Immanuel Wallerstein. Así fue como creamos nuestra «banda de los cuatro» (Giovanni Arrighi, Frank, Wallerstein y yo mismo). A partir de ahí, los «cuatro» nos convertimos en autores conjuntos de dos obras: *La crise, quelle crise?* [Crisis, ¿qué crisis?] (1982) y *Le grand tumulte?* [¿El gran tumulto?] (1991), ambos publicados por Maspéro-La Découverte. Aunque el *establishment* de la nueva estructura económica liberal globalizada aún estaba dando sus primeros pasos y la nueva estrategia global del capitalismo apenas si empezaba a ser perceptible, nosotros ya asignábamos un papel estratégico destacado a los «nuevos movimientos sociales» que diez años más tarde, en 2001, se reunirían en Porto Alegre en el Foro Social Mundial.

La proximidad de nuestras perspectivas fundamentales, a pesar de las claras diferencias (que eran un estímulo para todos), hicieron que desarrolláramos una cercana amistad. Isabelle (mi esposa) y yo queríamos a Frank como a un hermano y sufrimos profundamente por el deterioro de su salud a lo largo de sus últimos doce años de vida, años de constante y valerosa lucha contra el cáncer. A Frank lo movía un único deseo: el deseo de estar al servicio de la clase obrera y de los pueblos sometidos, de las víctimas de la explotación y de la opresión. Espontánea e incondicionalmente, él siempre estaba de su lado, una cualidad que no siempre se encuentra necesariamente incluso entre los mejores intelectuales.
